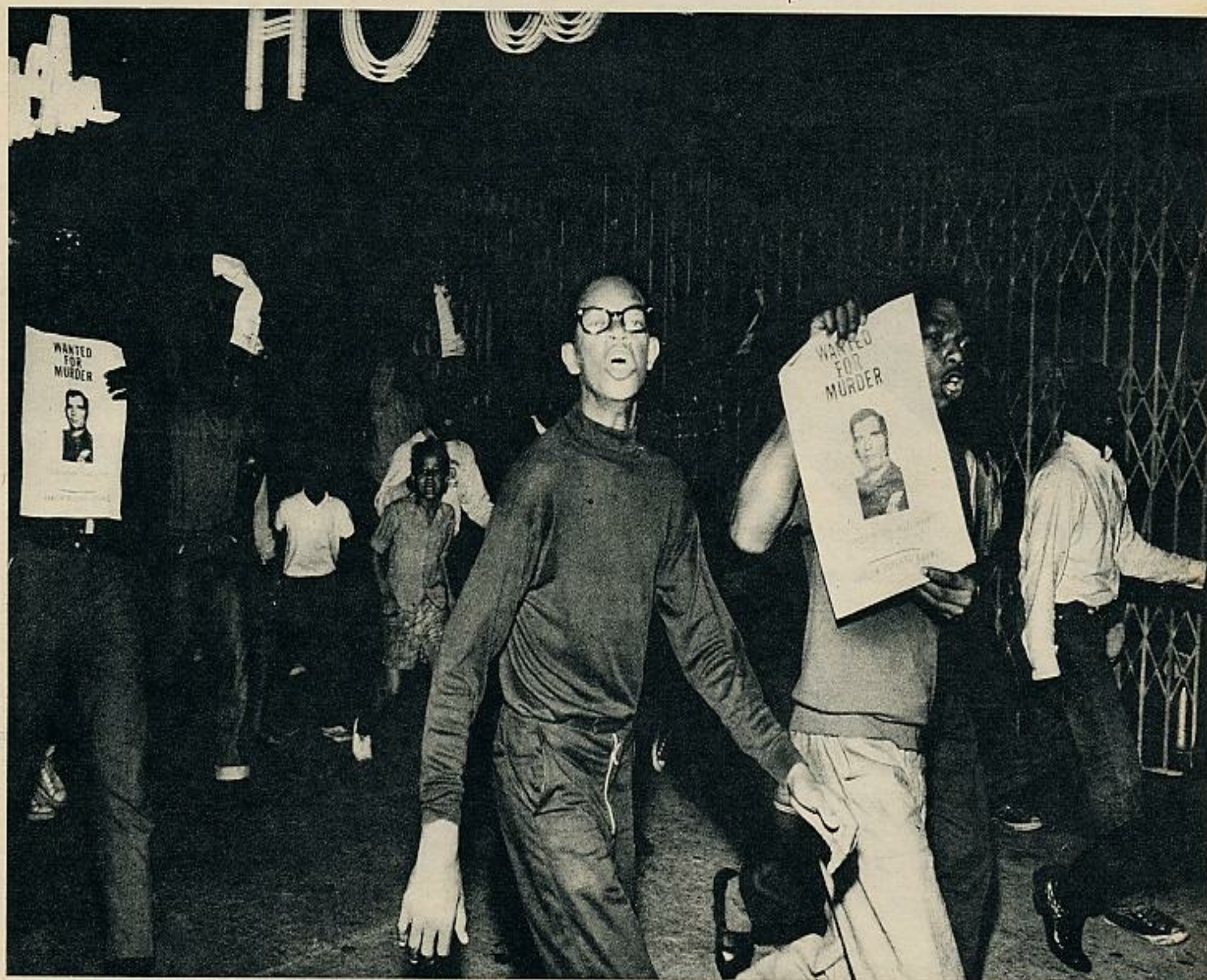


HARLEM

EL "GHETTO" NEGRO DE NUEVA YORK

ESTE es el mejor de los mundos posibles". La frase se ha repetido, otra vez, no hace más de una semana; al mismo tiempo quedaba patentada, con un nuevo significado, la sonrisa de Johnson, tan análoga a la de Roosevelt como instrumento político, pero infinitamente más inquietante en esta hora histórica.

¿Cómo habrá resonado la frase, cómo habrá **SIGUE**



Harlem en ebullición. Un policía ha matado a tiros a James Powell, un muchacho negro de quince años. Su nombre se ha convertido en símbolo. De todas las esquinas de este «ghetto» sucio, maloliente y miserable brotan multitudes de hombres de color. La protesta se extiende por todo el barrio. Arriba, la madre de Powell.



A pesar de las fuerzas desplegadas por la Policía, los negros esta vez se sintieron poderosos. A partir del entierro del joven Powell se inició una semana de sangrientos disturbios. Los de Harlem parecían sentirse respaldados por los dos billones de gentes de color del mundo. Después recobrarían su calma indolente.



HARLEM

sido acogida la sonrisa en el submundo miserable de Harlem, a la vera de los «buildings» refulgentes y del todopoderoso Wall Street?

«Si eres negro da un paso atrás». Harlem encarna, con respecto a la mayor, la más populosa y la más rica ciudad del mundo, la prueba, expresada por el sociólogo Harrington en un libro célebre sobre la pobreza norteamericana, de esta situación de forzosa retirada de la población negra con relación a la blanca; esta condena a la segunda fila de la ciudadanía por más que jurídicamente se tenga por superada.

Así es Harlem, el «ghetto» negro de Nueva York: centenares de niños harapientos que juegan al base-ball; decenas de borrachos a la puerta de tugurios increíbles; incontables grupos de obreros parados aprovechando en cada esquina el tibia sol invernal; sucias callejas cubiertas de papeles rotos, intransitables sus aceras por la acumulación de cubos de basura; la miseria, en suma, mostrando su peor cara, entre las calles 110 y 155, los ríos Harlem y East, y el Central Park de Nueva York.

Pese a todo, Harlem es un barrio tranquilo, apenas inquietado por esporádicas peleas entre alcohólicos en este o aquel antro, o por una brusca subida del índice del paro, o por la intromisión, no bien vista siempre, de un grupo de turistas cualquiera.

Pero cuando el sereno discurrir de las cosas en este submundo desesperado se ve perturbado por un incidente que atañe a lo más hondo de sus sentimientos y les proporciona de pronto una clara conciencia de su situación de desplazados, estos hombres de indolente apariencia **SIGUE**



A la vera de los «buildings» refulgentes y del todopoderoso Wall Street, el submundo miserable de Harlem reaccionó, por vez primera, con extremada violencia. Desde entonces el problema negro norteamericano tiene un planteamiento más agudo. Abajo, a la derecha, el entierro de Powell en un cementerio discriminado.





**BACK SASH Vigil For Civil
DEMAND FEDERAL PRO
OR CIVIL RIGHTS WORK
IN THE SOUTH...**



**NO MORE!
VIOLENCE,
INTIMIDATION,
AND HARRASSM
in MISSISSIPPI.**

WOMENS INTERNATIONAL LEAGUE FOR PEACE AND FREEDOM



En Nueva York hubo manifestaciones organizadas por blancos para protestar contra la violenta entrada de la Policía en Harlem. Las leyendas de sus pancartas eran elocuentes. También las mujeres participaron activamente en estas acciones protestando por la discriminación existente en Mississippi.

encuentran automáticamente sus vínculos y se integran en una masa que se agita como un mar tormentoso. Así ha ocurrido no hace muchos meses, en el largo y cálido verano neoyorquino.

La chispa puede brotar en un instante y el incendio extenderse en pocos minutos. El simple nombre de un muchacho negro cualquiera, James Powell, puso en pie de desafío y lucha a medio millón de hombres y mujeres de color.

La anécdota sencilla y terrible ya es conocida: James Powell tomaba el sol con un par de amigos en las escaleras de su casa. No se sabe por qué, un policía blanco que pasaba por allí decidió echarles. Les gritó: «Os voy a bañar hasta que os volvéis blancos». El ardor de los quince años de Powell y sus compañeros no pudo contenerse ante la ofensa. Se abalanzaron sobre el policía y trataron de meterle dentro de la casa. En aquel momento apareció un teniente, Thomas Guilligan, de treinta y seis años, que se interpuso. Luego el teniente contaría que Powell había esgrimido un cuchillo. Lo cierto es que Guilligan sacó su revólver y abrió fuego, matando al muchacho negro de dos disparos.

James Powell fue asesinado un jueves. El sábado siguiente, Harlem se hallaba a punto para el estallido. Una inmensa multitud negra se dirigió hacia un puesto de Policía para protestar contra aquella muerte. Los agentes trataron de frenar a la masa. Los negros, al retroceder, recogieron piedras y ladrillos, arrojándolos contra los policías. Otros atacaron a la fuerza pública desde los tejados. La Policía se enfureció y disparó contra los manifestantes. En aquel momento daba comienzo una semana de sangrientos disturbios.

El cadáver del joven Powell fue expuesto al público. Ante la capilla ardiente, el tumulto arreció. Un negro cae muerto por una bala policial. Cuarenta y ocho agentes son hospitalizados. Ciento cuarenta negros presentan heridas graves. Hay quinientas personas detenidas...

...

Harlem ha recobrado ya la tranquilidad. Los parados siguen agrupándose en las zonas soleadas del barrio. Hay, de vez en cuando, una pelea de beodos habituales a las puertas de cualquier tugurio. La basura sigue desbordando los cubos al borde de las aceras. Los papeles viejos continúan cubriendo las calzadas. Niños harapientos juegan incansablemente al «base-ball». «Si eres negro de un paso atrás». El «ghetto» neoyorquino esconde su rabia indolentemente en apariencia. ¿Hasta cuándo?

(Fotos DAVID STEEN-CAMERA PRESS-ZARDOYA)



La paz vuelve a reinar en el «ghetto» negro de Nueva York. La población de color ha escondido su rabia. Pero Powell se ha convertido en un símbolo de la lucha racial. Una lucha que va cobrando gradualmente características de mayor violencia. Cada día son menos escuchados los que proclaman la calma.

